



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *El tigre marino*, por D. Francisco Flores Arenas. = *El caballero Jolyotte*, por D. Amadeo Achard. = *Correspondencia*. = *Geroglífico*.

ADVERTENCIA.

En prueba de que deseamos y nos proponemos ir siempre con esceso mas allá de nuestras ofertas, correspondiendo así á los favores con que nos honra nuestra numerosa suscripción, dimos en el número anterior otro figurin por extraordinario, y en igual concepto otro pliego mas sobre los cuatro de que como primer domingo de mes debia aquel constar. En este pliego reunimos todas las poesías existentes en nuestro poder, ora de los habituales correspondientes del periódico, ú ora remitidas. Podrá haber entre ellas alguna que por su falta absoluta de mérito figure mal en la serie de concienzudos trabajos á que procuramos conceder un lugar esclusivo en nuestras columnas, pero entendimos que toda vez que dábamos aquellas composiciones fuera de lo que habia razon para exigirsenos, podíamos no escluir ni rechazar á ninguna, sin temor de que nuestros suscritores tuviesen derecho á llamarse defraudados. Por eso no nos propusimos entrar en apreciaciones acerca de su valor literario, segun en otro caso habríamos cuidado de hacer.

EL TIGRE MARINO.

Hace algunas noches que la puerta de una accesoria de la calle Ancha ofrece á los muchos curiosos y desocupados que por allí transitan una ocasion plausible de apiñarse y de codearse por extraordinario, mientras contemplan tras las luces que decoran el ingreso un telon donde á grandes rasgos se admira un animalito de estraña y fea, aunque no inusitada forma.

SETIEMBRE.

ma, el cual haciendo pinitos sobre sus piés traseros, parece que juega y se solaza con un hombre, que á la legua se descubre ser su dueño. Grandes cartelones que se encabezan *Tigre marino*, no dejan duda de la clase de espectáculo que aquí se presenta, y un organillo ambulante que suena en segundo término, así sirve para llamar al público como para amenizar las soledades del tigre ó hacer mas dulces sus momentos de descanso.

Estos no son muchos que digamos, porque la afluencia de espectadores no le permite larga tregua en su rápida renovacion. Nosotros no quisimos ser menos, y como otros tantos adquirimos mediante la cantidad de ocho cuartos y medio, puesto que no somos ni niños ni soldados, el derecho de traspasar aquel humbral, penetrando al fin detrás de aquel telon, donde nos topamos casi de manos á boca con el corpulento anfibio, cuyo fiel trasunto habíamos visto ya en el lienzo. Era él, no hay duda. El pintor no le habia hecho favor, porque bien mirado no tenia por qué ni para qué hacérselo. El público acude porque entiende que va á ver una cosa muy fea, y mientras mas lo fuere, mejor.

Dentro de una prolongada tina llena de agua reposaba con tranquilo y grave continente el protagonista de aquel espectáculo, cuidándose al parecer bien poco de la popularidad que en aquel momento alcanzaba, como quien está acostumbrado á ella. Irguió su cuello, y paseó sobre nosotros su mirada severa y hasta amenazadora, acompañando este preámbulo con tales resoplidos que hubieron de contener á una respetable distancia á mas de cuatro curiosos aferrados antes á los bordes de la tina para no perder su tabla delantera.

Pasado que fué un rato entre la Norma del organillo y los bufidos del animal, que allí por lo visto hacia el papel de Oroveso, calló el instrumento y comenzó la accion, cediendo la música su vez á la historia natural. Uná joven

que cobraba á la puerta vino á colocarse junto al tigre, y por via de proemio nos relató que este animal habia sido cogido en la costa de Africa por el Sr. Cavana, quien ayudado de varios marineros logró con gran trabajo y no leve peligro sacarlo á tierra, consiguiendo domesticarlo y educarlo del modo que se veria. Díjonos tambien que tenia dos órdenes de dientes, y que hasta pronunciaba algunas palabras.

Llamóle entonces por medio de una varita, y el tigre se levantó sobre sus estremidades posteriores, asomándose á su tina como si fuese á un balcon; lo cual hizo se echasen atrás mas que á paso los mirones de aquella banda temiendo que los tomase por pescadillas. No hizo sin embargo mas que sacudirse sus bigotes de gato, y enseñar á una voz de la jóven su doble fila de dientes, cuya exhibición nos probó hasta la evidencia que no tenia maldita la necesidad de recurrir á los adelantos recientemente hechos en el ramo de la prótesis dentaria.

Pidióle en seguida la jóven su pulida mano, y él le alargó una tras otra sus dos aletas con bastante cordialidad; solicitó un beso de su graciosa boquita, y él correspondió con una hocihada en su rostro; tocóle en fin la vez á la parte relativa á sus adelantos en la pronunciaci3n, y con dos ásperos graznidos repitió dos sílabas que, con un poco de licencia poética y otro poco de ilusion del deseo, pudieran reunidas pasar por la voz *papá*; por mas que en nuestra costumbre de oír semejante palabra pronunciada por la melíflua y argentina voz de un niño tierno, nos produgese una estrañísima impresion el escucharla como salida por un canuto de caña, y el reflexionar quien sería el papá de aquella encantadora criaturita.

En fin, por algo se principia; así empiezan los niños, y es de esperar que siguiendo en sus adelantos el animal sabrá pedir dentro de poco.... lo que los mismos niños piden cuando rompen á hablar.

En cuanto al *sí*, que tambien se supone pronuncia, es una mera ilusion de su maestra. Un ronquido no es ni sí ni nó, sino un ronquido.

Díjosenos allí tambien que el tigre marino no tiene oídos, y oye por las narices. Parece-nos que esta circunstancia le impedirá el tomar tabaco rapé.

Hechas estas habilidades en mucho menos tiempo del que nosotros hemos empleado en referirlas, la jóven terminó su discurso suplicándonos dejásemos el sitio á las personas que no habian visto aun trabajar al animal, lo cual

no era otra cosa que plantarnos bonitamente en medio de la calle.

Así lo hicimos en efecto al minuto y medio de haber entrado, no sin ocurrírsenos la idea de que la funcion que se estaba egecutando en aquel momento en el Balon duraria cuatro horas largas y costaba dos reales, de donde nos fué forzoso deducir que un tigre marino se computaba valer ochenta veces mas que toda una compañía dramática.

No hay como ser animal en estos tiempos de ilustracion que corren!

Dice el anuncio, aunque nosotros no nos hemos metido en averiguarlo, que este anfibio es hembra, es decir, que es un tigre del bello sexo. Así saca las uñas.

Tambien se dice que pesa ocho quintales, y eso que no tiene ahuecador. Cuando hable alguna cosa mas ya se lo pedirá á su *papá*.

Se nos da allí la noticia de que come al dia cuarenta y cinco libras de peces. Buen hartazgo de morralla se dará, y aun para eso dudamos mucho que alcance el producto de la entrada, visto lo que cuestan las transparentes obleas del freidor.

Cuéntasenos asimismo en el anuncio, que una noche se salió la tigre muy callandito de su tina y se echó á dormir al lado de su dueño, á quien por lo visto quiso dar una agradable sorpresa. No habria sido floja la nuestra si al despertar nos hubiéramos hallado con tan bestial compañía, máxime si el animalito tiene mal dormir y acostumbra á dar vueltas en la cama ó á tener pesadillas. Ocho quintales son una cantidad muy respetable para que á uno se le vayan encima en un momento de distraccion.

De todos modos, semejantes escapatorias nocturnas no cuadran bien con la modestia de una jóven, aunque sea foca.

Lo es en efecto el animal en cuestion, habiendo recibido los diversos grupos de esta familia los nombres de elefante marino, ternera marina, oso idem, tigre, lobo, etc., no tanto por la supuesta semejanza con aquellos cuadrúpedos, puesto que ninguna tienen en realidad, como por darles nombres enfáticos y llamativos. La foca en cuestion se parece á un tigre como una berengena á una calabaza de Rota.

De estos animales dicen los naturalistas que son tan susceptibles de educacion y afectuosos como los perros, lo cual prueba que no debe juzgarse nunca por la apariencia de las personas, y menos todavía de las focas.

Tambien aseguran que los antiguos conocian estas tribus, y como por lo comun se hallan á sus individuos reunidos en gran canti-

dad, su-
tuno.

Estos
ron los
tritones
mejanzas
ojos con

Podrí-
maldita
gre mar-
Ancha.

En la
que se p-

Al ca-
miento
educaci-

El ti-
un ciga-
advirti-

El

—Gr-
labras
ligera,
torizado

—Pu-
—Es-

mentáb-
y me ha-
reciais.

ver ami-
no; la p-

La co-

y como

sa desc-

juven-
cie de t-

dono q-

interval-

en aque-

excitaci-

te. Lui-

Cuan-

de firm-

de man-

imbécil
engañar
cerla ta-

Su a-
cuanto
un mov-

dad, suponían que eran los rebaños de Neptuno.

Estos también sospechan algunos que fueron los que la mitología griega trasformó en tritones y nereidas, aprovechando cierta semejanza de la forma de su cabeza y de sus ojos con la característica de la especie humana.

Podrá ser, pero lo dudamos mucho, porque maldita la poesía que hemos hallado en el tigre marino, hoy en exhibición en la calle Ancha.

En la tina del animal hay un letrero en el que se prohíbe á los circunstantes que fumen.

Al cabo aquella es una dama, y de cumplimiento para los mas, y es precepto de buena educación el no fumar delante de ella.

El tigre, por lo visto, no quiere oír fumar un cigarro. Decimos esto porque antes ya se advirtió que oía por las narices.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

(CONTINUACION.)

—Gracias, repuso la duquesita, vuestras palabras me consuelan. Temía que una palabra ligera, una acción imprudente os hubieran autorizado á dar ese paso.

—Puedo esperar que lo olvidareis todo?

—Está olvidado. Os he dicho que esperábamos una verdadera simpatía por vos, y me habria sido penoso el creer que no la merecáis. Si pensais que sinceramente podeis ver amigos en esta casa, dadme vuestra mano; la puerta siempre estará abierta para vos.

La conversacion se prolongó; tranquilizada y como enternecida por esta confidencia, Luisa descubrió una parte de su corazón; era la juventud y la alegría templadas por una especie de temor, un impulso de malicia y de abandono que la altivez y la tristeza retenían por intervalos. Nunca quizá habia ido tan lejos en aquella manifestación de sí misma bajo la excitación que habia provocado atrevidamente. Luisa recobraba el candor de la infancia.

Cuando Estéban volvió á su casa despues de firmado el tratado de paz con un apretón de manos, estaba exasperado; se trataba de imbécil y de miserable. ¿Cómo habia podido engañarse así sobre el carácter de Luisa y hacerla tal injusticia?

Su arrepentimiento fué muy grande. En cuanto se vió delante de su mesa, impelido por un movimiento irresistible, tomó una pluma y

escribió un plieguecillo de papel que dirigió á Luisa con estas palabras:

«Soy un necio y os amo.»

Al otro día cuando Luisa le vió le amenazó graciosamente con el dedo.

—No es eso, dijo con alegría; habríais debido poner: Soy.... lo que habeis puesto, y os estimo.

—Conservad lo escrito añadiendo lo que añadís, repuso Estéban.

La duquesita se puso seria de repente.

—¿Es cierto? preguntó.

—Ciertísimo.

—Entonces tratad de no verme durante un mes, y si al cabo de ese tiempo no habeis cambiado, me lo repetireis con lealtad.

Estéban permaneció cuatro días sin ver á Luisa; pero no pudo acordar mas á su impaciencia. Estaba enamorado y se embriagaba en sus sentimientos. Su memoria le recordaba una época lejana ya, en que por primera vez habia amado; se hallaba en la temprana juventud, y su Emilia (así se llamaba ella) habia desaparecido como uno de esos pájaros fugitivos que llegan con la aurora y parten por la tarde. Pero habia conservado de aquel tiempo un recuerdo muy dulce que no habia vuelto á experimentar, y ahora entraba del enojo á la vida.

Luisa estaba muy lejos de ese entusiasmo.

Un día de primavera quiso burlarse un poco de él, pero le faltó el valor para ello. Paseábase por el jardín del brazo de Estéban con la cabeza baja y la frente meditabunda.

—No quiero hacerme mas fuerte de lo que soy, exclamó al fin; quizá por última vez os hable este lenguaje, pero debo advertiros, ya que no habeis querido hacer la prueba de la ausencia: ¿dónde os conduciría el amor que me teneis? ¿Qué proyecto es el vuestro?

La respuesta de Estéban dió á conocer que no habia pensado en el asunto.

—No vayais á creer, repuso Luisa con una sonrisa altanera, que si os hablo así es para abriros las puertas del matrimonio por donde no teneis ningun deseo de entrar... lo que sí quiero es haceros ver que poneis la planta en un camino sin salida. No me hareis la injuria de pensar que yo desconoceria nunca lo que debo á mi padre, lo que me debo á mí misma... no me respondais, está muy bien; pero entonces ¿qué esperais de mí? Si por un extravío de la juventud llegarais á prometerme vuestra mano, pasado el fuego de ese amor novelesco lo sentiríais mucho. ¿Cuál seria entonces nuestra existencia? ¿Me creéis de un carácter capaz de soportarlo? Vuestro amor en el aislamiento en que vivo es para mí aña-

dir el tormento á la inquietud, y para vos es aceptar una responsabilidad muy pesada. Hoy puedo hablaros como una mujer virtuosa que manda en su corazon... mañana quizá será tarde... ¡Qué peso para vuestra conciencia!... La ausencia era el mejor remedio para el mal...; me habríais olvidado... no digais que no; sois jóven y rico, y muy pronto olvida el que es dichoso...! Abandonada habria limitado toda mi ambicion á vivir honradamente hasta el dia en que entrada en años me habria retirado á una casa religiosa... ¡Ay! mi orgullo es una armadura cuyo flaco puede hallarse... no lo busqueis... Me habeis comprendido, Estéban: estrechadme la mano y separémonos.

Luisa estaba muy pálida cuando hablaba de este modo: Estéban no se hallaba menos conmovido.

—Sí, dadme vuestra mano para conservarla siempre... ¡yo abandonaros!... ¡nunca!

Cuando salió del jardin Estéban se fué determinado á volver á menudo. La duquesita no opuso ya obstáculo ninguno á sus visitas; pero en nada cambió su modo de vivir. Al entrar en su casa de vuelta de sus lecciones besaba á su padre, daba la mano á Estéban, y luego tomaba su labor.

A veces el discípulo que se hallaba en intimidad con el maestro se quedaba á comer, y entonces la conversacion se prolongaba hasta las diez de la noche. Cuantas veces se encontraban solos, Luisa evitaba la ocasion de hablar del asunto tratado en el jardin; pero el domingo al atravesar Estéban la puerta del pabellon lo sorprendió detrás de la cortina que nunca caia bastante pronto para que él no descubriera el rostro de la jóven; Luisa le esperaba.

La frecuencia de sus relaciones les habia hecho mas familiares; Estéban habia penetrado poco á poco en aquel interior silencioso donde reinaba el trabajo. Algunos paseos al Luxemburgo ó al campo eran sus únicas distracciones; mas de una vez ofreció billetes de teatro que Luisa no aceptó.

—Causaria estrañeza el que os vieran conmigo, decia.

Una sola vez aceptó un palco de platea en la ópera.

Estéban la fué á visitar. La duquesita inclinada al borde del palco miraba unas veces la escena, otras la gente con ojos de llama; su rostro tenia la palidez del mármol con relámpagos de un encarnado vivo; se adivinaban las palpitaciones de su corazon con el movimiento del cuerpo de su vestido.

Al volverse un poco se halló con Estéban;

entonces frunció el ceño y se inclinó hácia atrás ocultándose en la sombra.

Estéban recordó cuando habia rechazado las telas de seda que tenia en las manos. Luisa estuvo como distraida hasta el fin, pero al retirarse sus ojos brillaban como dos ascuas.

—No volveré á la ópera, le dijo.

Por largas que fuesen sus conversaciones, ni Mr. Durand ni su hija hacian nunca la menor alusion á la historia pasada. A veces, sin embargo, una palabra dicha por casualidad hacia estremecer á la duquesita: la palabra espiraba en sus labios, una nube velaba su frente, miraba los retratos de su casa, y caia en silencios prolongados de los cuales no se atrevia á sacarla Estéban.

Una tarde que principiaba á llover Estéban suplicó á la jóven que le permitiera comer con ellos. Luisa se turbó y se puso encarnada. Estéban la miró, y entonces vino á notar que tenia su vestido de seda y el lazo en el pelo.

—Ah! exclamó á pesar suyo, hoy es sábado!

Luisa se puso mas encarnada todavia. Sin insistir se dirigió hácia la puerta y atravesó el comedor en busca de su paletó. La mesa estaba puesta, habia en ella tres cubiertos y flores en los jarrones. Estéban sintió como un vértigo. Mil ideas amargas atravesaron su mente, y salió con precipitacion sin responder á Luisa que le tendia la mano. La idea de que esperaban un convidado le persiguió hasta en su sueño. ¿Por qué ese misterio? ¿Debia hacer pedazos el ídolo que habia colocado á tanta altura?

Estéban se levantó de repente, encendió una luz, y tomó la pluma para escribir á Luisa. Las primeras líneas estaban llenas de reconvencciones violentas, y hacian presentir un rompimiento; las últimas eran humildes como una súplica; pedian una explicacion, y se deshacian en mil juramentos de ternuras eternas.

El corazon del jóven se oprimia á cada palabra. En medio de una página se detuvo, y un espejo que tenia delante de la mesa le mostró su imágen. Dos gruesas lágrimas que no sentia corrian por sus megillas. Se ocultó la cara en las manos y prorumpió en sollozos.

—Dios mio! exclamó, cuánto la amo!...

IV.

A la otra mañana salió para dar un paseo contando con que el aire fresco de la atmósfera calmaria su agitacion.

Poco á poco comenzó á andar de prisa, y sin saber cómo se halló delante de la casa de Luisa. Quiso alejarse, pero una fuerza irresistible le llevó cerca de la puerta y entró.

La joven estaba en el jardín sentada junto á un árbol.

—Os esperaba, le dijo.

Esta palabra tan sencilla alivió el corazón del joven de un peso enorme.

—Ah! exclamó estrechando su mano, he estado para marcharme de París.

—Entonces sí habría creído que no me amais, repuso Luisa meneando la cabeza con un movimiento de tristeza y de coqueteria natural.

Y llevándole á un banco y haciéndole sentar á su lado, añadió:

—Bien he notado ayer vuestra inquietud; no habeis querido tomar mi mano, lo cual me ha incomodado un poco. Si poseo vuestra confianza ¿por qué me la arrebatáis tan prontamente? Pero la idea de que sufríais me ha inducido á perdonaros.

—Singular es el lance! dijo Estéban consolado ya; veo en vuestra mesa un cubierto que tengo siempre ante mis ojos; veo que me rechazais constantemente, y vos me perdonais!...

—Sin duda; cuando el corazón está comprometido no hay apariencias que valgan. Ese cubierto, amigo mío, es la historia de toda nuestra vida. Espera á una persona que no vendrá jamás. Me mirais así con sorpresa!... escuchadme. Habreis notado que el sábado no es para nosotros un día ordinario; mi padre y yo nos ponemos todas nuestras galas, la criada enciende las bugías y coloca un cubierto mas en la mesa. A las siete mi padre entra conmigo en el comedor, saca su reloj y mira á Juana.—Nadie ha venido? la pregunta.—Nadie, responde Juana. Mi padre suspira y se sienta.—Trae la comida, exclama; quizás vendrá el sábado próximo. Y al otro sábado se reproduce la misma escena, y permanecemos en la mesa tristemente sentados uno en frente de otro cerca del cubierto vacante.

Al llegar á este punto de su historia Luisa se detuvo; estaba muy conmovida, y sus labios pálidos temblaban un poco.

—Si esta confidencia, dijo Estéban, reanima en vos recuerdos penosos, cortadla pues.

—No, respondió ella con fuerza, nada me habeis preguntado, y es justo que os lo declare todo.

Se recogió un instante, y luego comenzó una relacion de la cual no perdió Estéban una palabra.

M. Durand no habia llevado siempre ese nombre, ni habia sido siempre profesor de lenguas.

En otro tiempo habitó en Nantes, donde se hallaba á la cabeza de una buena casa de comercio. Su reputacion de probidad igualaba

su crédito. Tenia entonces un socio llamado Luis, con quien estaba unido en estrecha amistad.

—Mi padre, que le llevaba algunos años, prosiguió la joven, trataba á este amigo como á un hijo, y habia tenido ocasion de probarle su afecto. Cuando eran niños, una vez que jugaban á la orilla del Loira, Luis se cayó al agua y mi padre le salvó. Ya en los tiempos de su juventud mi padre supo que Luis habia tenido una disputa con un oficial, cuyo regimiento debia salir de Nantes de allí á pocas horas; habian aplazado el duelo para dentro de ocho dias. Mi padre montó á caballo, alcanzó al oficial, se batió con él y le dejó herido, de modo que el desafío con Luis no llegó á efectuarse. Todo esto parecia haber fundado una amistad indestructible; pero, ay! no habia sido así.

La duquesita se detuvo un momento, y al cabo haciendo un esfuerzo continuó su relacion de esta manera:

—Todos los sábados los dos amigos comian juntos. Se olvidaba el trabajo, y se hacian grandes proyectos para el porvenir. ¡Con qué júbilo Luisa, que era entonces una criatura, salia á recibir á su padrino! Una tarde M. Durand entró muy trastornado; en la ausencia de su socio habia hecho una operacion que le habia salido mal, y la pérdida era considerable.

—Eso es lo que tiene obrar á la ligera, sin consultar á nadie, exclamó Luis.

M. Durand le miró un poco sorprendido.

—Qué quieres? es una desgracia, dijo; pero la casa es bastante rica para pagar.

Luis pegó con el pie en el suelo.

—La casa! pronto está dicho, exclamó; legalmente puede ser condenada á pagar, pero no es justo; yo no debo nada.

M. Durand se puso muy pálido y no respondió; pero á la otra mañana habia liquidado su parte de interés en la casa, y habia satisfecho á sus acreedores, y dos dias despues salia de Nantes. Casi nada le habia quedado. Se retiró á un puertecillo de mar, y fundó un nuevo establecimiento con algunos fondos que le prestaron por la buena reputacion que tenia. Ya principiaba á levantarse, cuando una crisis comercial acabó con él, y sin recursos ya hubo de refugiarse en París al cabo de cinco ó seis años. En París el padre y la hija buscaban lecciones.

—Y el socio? preguntó Estéban.

—Durante algun tiempo no supimos de él; creo que el orgullo le hacia estar callado, pues en el fondo no era un mal hombre; despues ofreció á mi padre una transaccion. Luego cuan-

do supo nuestra última desgracia, nos envió con un sobre un bono sobre el Banco de un valor igual á la suma que su antiguo socio habia pagado. Mi padre devolvió el bono. Mas tarde hizo otros ofrecimientos; pero ¿qué os diré? ofrecia dinero y me tendia la mano; no sé qué vanidad herida le impedía venir y abrazar á mi padre, con lo cual se habria arreglado todo. Mi padre, para sustraerse á sus proposiciones, en las que veia como un pensamiento de limosna, cambió de nombre y de barrio, y desde entonces no hemos tenido mas relaciones, ni directas ni indirectas con el que fué nuestro amigo durante tanto tiempo.

Y sin embargo, mi padre, aunque herido en el corazon, queria siempre á su antiguo socio. Lo creeriais? Al cabo de tantos años pasados en la soledad, casi en la miseria, su única alegría, alegría bien amarga, consiste en esperarle á comer todos los sábados. No podria acostumbrarse á no ver su cubierto en la mesa. Sabe que Luis no vendrá; pero en espíritu le ve y le habla.

—Pero, preguntó Estéban, ¿cómo habeis hecho para vivir si no teniais nada?

Luisa cruzó las manos.

—Dios lo sabe! dijo; primero con la venta de las pocas cosas que nos quedaron.... Mi padre me ocultaba cuidadosamente nuestra situacion, pero al fin tuvo que confesarme llorando que todo se habia concluido.... ¡Qué amargura!.... Pronto me ví despojada de todo.... y entonces comencé á vivir de mi trabajo. Bien adivinásteis quién era yo en aquel baile cuando encontré vuestra mirada, y despues cuando mis dedos se estremecian al contacto del encaje y de la seda. Qué lucha! todos mis instintos me llevaban hácia las cosas á que tenia que renunciar.... pero mi alma ha salido victoriosa. Habria sido mas feliz si mi padre me hubiera educado en otras ideas y lejos de esas elegancias y ese fausto de que me hallaba como impregnada!.... Resistí á las tentaciones del deseo, pero á espensas de mi alegría, de mi juventud, de todas las mejores cosas que hacen la frescura de la vida. Me ha ayudado á ello mi aislamiento. Cuando me ví luchando con la necesidad y rodeada por todas partes de instancias vergonzosas, mi corazon se sublevó, mi indignacion me infundió aliento, y para no parecerme á las demás, el orgullo me ha sostenido. Sí, el orgullo ha sido mi escudo y mi espada.

Luisa se calló; no se veia ya una gota de sangre en su rostro, que tenia la palidez de la muerte. Estéban tomó su mano en silencio y la estrechó sobre sus labios.

—No os lo he dicho todo, repuso con un

acento de acritud; no he llegado á la edad que tengo sin experimentar algo de esos movimientos y de esas aspiraciones que se llama sueños juveniles; pero los rechacé con violencia hasta lo mas recóndito de mi corazon; me encarnicé en combatirlos y en sofocarlos, porque habrian emponzoñado mi existencia. Pero ¡cuánto cuesta vencerlos y cuántas veces se les encuentra en pié despues de haberlos destruido! Mi porvenir era bien terrible. ¿Podía yo pensar sin llorar en esos bienes que constituyen toda la vida de una mujer, un marido, unos hijos, una casa? Mi educacion esmerada, por desgracia mia, me habia acostumbrado á mil delicadezas, y habia estrechado el círculo en que podia yo hacer una eleccion. Me sentia fuera de mi clase, y era una quimera el pensar que un hombre bien nacido, mi igual por el corazon y la educacion, fijaria sus ojos en mí. Muerto mi padre, tenia que buscar un retiro solitario para vivir y morir en la miseria.... ¿cómo quereis que con tales combates mi corazon no haya rebosado hiel muchas veces?

La duquesita se ocultó el rostro entre sus manos. Dos lágrimas ardientes habian asomado á sus párpados. Estéban dominado por una emocion profunda, no se atrevió á interrumpir su silencio.

—Ahora me conoceis, prosiguió al fin; por primera vez se ha abierto mi corazon al cabo de tanto tiempo que ha permanecido cerrado.... Si tal como soy no me parezco á la mujer que habeis amado, decídmelo francamente y dejad esta casa.

Estéban se apoderó vivamente de la mano de la duquesita, y estrechándola en sus labios de nuevo, la preguntó:

—¿Cómo se llamaba vuestro padre en el tiempo en que no era todavía M. Durand?

—M. Delarue, respondió Luisa.

Estéban comprimió un grito.

—Me lo figuré, exclamó; entonces su socio se llamaba M. Jolyotte de Fongerot, que era nombrado por sus amigos el caballero Jolyotte.

—Cómo lo sabeis? preguntó Luisa.

—Porque el caballero Jolyotte es mi tutor, y yo soy su sobrino.

La duquesita cruzó sus manos sobre su pecho con un abatimiento estremado.

—Otra página triste debo añadir á la negra historia que acabo de contaros. Suponiendo que obtuviéramos el consentimiento del caballero Jolyotte, nunca obtendriamos el de mi padre.

—Quién sabe! exclamó Estéban.

La duquesita dejó correr sus lágrimas libremente.

—Gracias, dijo, ahora veo que me amais. Todo lo que puedo aseguraros es, que tal como me veis hoy me encontrareis mañana, el año próximo y siempre.

Estéban se levantó ebrio de felicidad; pero cuando se dirigía hacia la puerta Luisa le contrató diciéndole:

—No, no será como ayer.... vuestro cubierto está en la mesa, y comereis con nosotros.

Estéban, que no habia visto á la baronesa hacia muchos dias, se presentó en su casa á la otra mañana.

La hermosa viuda estaba en su saloncito, vestida de muselina blanca y con el pelo muy rizado. Tendió la mano al jóven y le acercó á ella.

—Cómo se escasean las visitas!

Estéban se excusó lo mejor que pudo.

La baronesa le interrumpió amenazándole con el dedo.

—Vamos, repuso, sed franco conmigo, ó creeré que me habeis destituido de mis graves funciones de confidenta.... Habeis estado de conquista?....

Estéban miró á la baronesa riendo.

—Quizá, contestó el jóven.

La baronesa clavó los ojos en Estéban.

—Observo cierta cosa en vos que nunca habia visto.... se diria que por la primera vez la aventura es seria.

—Sí, muy seria.

—Ah!

—Se trata de matrimonio.

La baronesa se puso muy encarnada. ¿De qué procedia este rubor? No habria ella podido confesarlo.

—Dios mio! exclamó, qué modo de decir esas palabras!

La viuda no sabia aun si debia temer ó esperar. ¿Se presentaba Estéban á escudarse bajo su proteccion, ó debia resignarse á ver su fuga?

—Vamos, le dijo, contadme cómo ha sido esa resolucion.

Estéban sin vacilar un punto, la hizo una relacion sincera de todo lo que habia pasado, omitiendo sin embargo las circunstancias relativas á la posicion anterior de Luisa; pero cuando sonó el nombre de la heroína, la baronesa, que no podia contenerse mas, estalló diciendo:

—Cómo! ¡Esa mozueta á quien hemos dado el apodo de la duquesita!.... ¡Una maestra de dibujo cuyo origen se ignora! Bonita eleccion!

—¿Pero no es jóven, inteligente y virtuosa? respondió Estéban un poco aturdido.

—Un partido soberbio.... No posee nada....

—¿Qué importa si mi fortuna basta para dos?

—Una mujer que no tiene nombre!

—Ahora sí que no os comprendo.... ¿Y la union de las almas, y las simpatías, y los impulsos de un corazon tierno, y todas vuestras teorías sobre las felicidades del sacrificio y del amor?

La baronesa se encogió de hombros.

—Discursos de salon.... frases huecas.... pero en la práctica.... estais loco.

La máscara habia caido; Estéban veia á la baronesa tal como era.

—Teneis razon, dijo inclinándose, pero es una locura que me conviene.

La lengua de la hermosa viuda se habia adelantado á la reflexion; ella lo conoció y sonriendo repuso:

—Hijo mio, la vida no es una novela, y es preciso pensar un poco en el mundo y en el porvenir.... Hablemos pues con franqueza.

El capítulo de sus objeciones era inagotable; no contestaba el mérito de Luisa, pero sin injuriarla, se podian hallar personas que con tanta virtud y bondad la llevaran la ventaja de la posicion, de la fortuna y del nacimiento.

Estéban escuchaba, pero seguia firme en su resolucion.

Si era hombre que mostraba una grande indiferencia en todos los actos cotidianos de la vida, en cambio una vez determinado á hacer una cosa, nada podia desviarle de su propósito.

La baronesa lo comprendió así. De repente aparecieron en sus mejillas unos matices rojos, no podia dominar su impaciencia. Al cabo se levantó bruscamente exclamando:

—Veremos lo que dirá vuestro tio el caballero Jolyotte cuando sepa esa locura.

Esta palabra que puso fin á la conversacion fué un rayo de luz para Estéban.

Recordó confusamente ciertas confianzas que le habian hecho en otro tiempo, confianzas en que andaban mezclados los nombres del caballero y de la viuda; sabia que ella habia conservado sobre su ánimo mucha autoridad, y no dudó que le escribiria inmediatamente.

Preciso era pues salir al encuentro al peligro; por desgracia hacia muchos años que Estéban solo tenia muy raras y cortas relaciones con su tio que vivia solo en el fondo de un antiguo castillo de la Picardía. Muy oportunamente se acordó de M. de Sorgues, que en diferentes ocasiones le habia hablado del caballero, en cuya casa habia vivido y que podia suministrarle útiles noticias.

Sin perder un instante salió en busca de su

primo y le encontró en la biblioteca de Santa Genoveva, donde Andrés sacaba apuntes para una nueva obra de filosofía.

—Deja tus librotos y ven á comer conmigo, le dijo Estéban.

—Nada perderá en ello la posteridad, respondió Andrés alegremente.

Y rechazó los volúmenes y siguió á Estéban.

V.

Sabia muy bien Estéban que Andrés era un buen muchacho en quien podia fiarse, de modo que entabló la confianza en cuanto se hallaron sentados en el gabinete de una fonda. Apenas pronunció el nombre de Luisa cuando Andrés le echó los brazos al cuello.

—Ahora, querido primo, le dijo, soy tu hermano.

Y como Estéban le mirase con asombro añadió:

—Aglae es mi duquesita!

—Te quitas la máscara, añadió Estéban alegremente.

Con pocas palabras Andrés estuvo al corriente de la situación, aunque Estéban reservó la parte relativa á M. Delarue y á sus relaciones pasadas con el caballero. Pero el consentimiento del caballero era indispensable, y habia que tomar informes antes de dar ningun paso cerca de él.

Andrés tomó un aire sombrío.

—Ah!... exclamó, es un tártaro; hace un año le ví con motivo de Aglae, cuya mano quizá habria pedido entonces si él hubiese querido adelantarme algunos fondos que me eran necesarios para entrar en un negocio que aseguraba mi fortuna. ¡Cómo me recibió!... Me parece que aun le veo á la puerta de su castillo vestido como un palurdo y con su cara de mal humor.... ¡Qué días pasé allí!... ¡Qué comidas!... ¡Qué paseos á pié por cuevas y barrancos!... Pero en fin, el amor le hace á uno cobarde.... me sometí á todo, y cuando tenia ganas de ahogarle, me sonreía con amabilidad. Y todo en vano, mi querido primo.... Me volví como habia ido, un poco mas delgado, porque me moria de hambre. Ya verás si tienes precision de ir á su casa. Pues y su criado?.... Se llama Onesimo; es mas miserable que su amo. Si nuestro tio es tu última esperanza, ¡ay de tí, querido Estéban!

Estéban llenó su vaso y bebió.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don A. V. y P.: *Sevilla*.—Suscrito hasta fin de Setiembre.

Sra. D^a L. S.: *Barcelona*.—Queda variada la direccion. El regalo que le corresponde se puso en el correo el dia 7.

Sr. Don F. E. y Sn. M.: *Valencia*.—Suscrito por tres meses desde 1^o del actual. El número publicado se le ha remitido el dia 7.

Sr. Don F. G.: *Cartagena*.—Se recibieron los 57 sellos para la suscripcion á su nombre por tres meses desde 1^o del que rige. Con el número publicado, que se le remitió el 7, fueron los figurines pedidos.

Sr. Don M. P.: *Algeciras*.—Queda renovada su suscripcion.

Sr. Don B. R.: *Sanlúcar de Barrameda*.—Se ha recibido su composicion que lleva por título: ERRATAS. Sentimos no poderla insertar, por mas que estemos en sus ideas, y le suplicamos nos dispense; pero no queremos faltar á nuestro propósito de evitar polémicas en este periódico. Hemos tomado medidas eficaces para que en adelante no se dé ocasion á tan justas críticas.

Srta. D^a E. W. y G.: *Minas de Rio Tinto*.—Queda enmendada la direccion.

Sr. Don V. B. P. de L.: *Valencia*.—Se recibieron los 24 sellos para completar el pago de su suscripcion.

Solucion del geroglífico anterior.

Mil conocidos no valen un amigo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

